

EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID. — 12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Traperos (Prado), núm. 20, entre suscripciones. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid. — Jueves 10 de Abril de 1862.

PROVINCIAS. — 45 rs. al mes y 45 al trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviario directamente en letra, libranza ó cédulas de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre. — Ultramar 80 rs. trimestre, y Estrasjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 596.

MADRID.

9 DE ABRIL.

O los ministeriales no saben lo que se hacen, ó quieren la muerte del ministerio.

Esto, poco más ó menos, se ocurría á todo el mundo al salir de la sesión celebrada hoy en el Congreso.

Los ministeriales han votado que no se apoye al gobierno para desenvolver en Méjico una política que salve los intereses del país.

Y todo ¿por qué? Porque la proposición partía del banco de las oposiciones. ¡Válgame Dios, y lo que pueden las iras del vicarismo!

Con que es decir que si la oposición desea que viva el conde-duque, la mayoría deseará que se muera cuanto antes, sólo por llevarnos la contraria.

De manera, que en último resultado, lo que han hecho hoy los ministeriales ha sido votar contra el ministerio. Esto es lo que se llama salir el tiro por la culata.

Las muestras que nos van dando esos señores, sobran para elevarlos á una altura que se pierde de vista.

Ayer votaron contra la imprenta, hoy votan contra el país, y mañana votarán contra sí mismos, que á tanto llega su abnegación y su entusiasmo.

¡Qué milagros se ven en esta época, en que el conde-duque ha venido á regenerar el sistema representativo!

Lo que en vez de regenerarse se degenera completamente, es el sentido común entre los vicaristas.

Así ya se pueden tener las Cortes abiertas, no cinco, sino cincuenta años, y se puede gobernar á mansalva, burlándose de la opinión pública.

La sonrisa del conde-duque y el escepticismo del Sr. Posada, han dado sus frutos, echando profundas raíces en el vicarismo.

Ya todo el mundo se encoje de hombros, y á pensar que pueden censurarle por su conducta, esclama entre dientes: ¡Y qué se me da á mí!

¡Bien hayan los tiempos en que la política es un juego de cubiletes, y en que los hombres se convierten en mas ó menos hábiles prestidigitadores!

A estos tiempos había de conducirnos el héroe de Vicálvaro, el que pedía doctrinas liberales, el que reclamaba el imperio de la opinión pública, el que conspiraba por destruir los Congresos serviles, y el que se rebelaba contra los abusos del gobierno.

¡Aprended flores de mí, lo que va de ayer á hoy!

Y no seguiremos diciendo: que ayer maravilla fue, porque el conde-duque no ha sido nunca maravilla; ni mucho menos; pero tampoco es hoy ni la sombra de lo que fue ayer.

A los ministeriales no puede aplicárseles el refrán de que hablan por boca de ganso, porque si no la consecuencia sería cruel al ver que están esperando unos días á que hable el Sr. Posada, y otros á que hable el Sr. Calderón, para repetir el eco de lo que dicen estos dos señores.

Hoy, por ejemplo, ha dicho el ministro de Estado que no aceptaba la proposición del Sr. Castro, y los ministeriales han repetido el no, que era el eco, sin meterse á averiguar el por qué de lo que se trataba.

De modo que esto es una especie de letanía, en que el gobierno va diciendo los santos y los ministeriales contestan á coro el ¡Ora pro nobis!

Alguna vez, es posible que si á un ministro se

le va el santo al cielo é invoca al demonio, ya por la fuerza de la costumbre, añadan también los ministeriales el *Ora pro nobis* consabido.

¿Pero quién se muestra insensible á las elocuentes razones del Sr. Calderón Collantes? ¿Quién no se convence al oír que el gobierno no puede dar explicaciones sobre la cuestión mejicana?

En Francia y en Inglaterra son unos pobres diplomáticos, que no saben lo que se pescan en asuntos internacionales, y por eso los unos en el periódico oficial, y los otros en el Parlamento, dan cuantas explicaciones les exige el país.

¿Qué entienden ellos de prácticas constitucionales y de costumbres parlamentarias?

Aquí, donde gracias al general O'Donnell y de sus compañeros de glorias y fatigas, estamos completamente regenerados, sabemos dónde nos aprieta el zapato, y qué puntos debe calzar la opinión pública en eso de exigencias.

En la Gran Bretaña se levanta un miembro del Parlamento, pide que se le explique el estado de la cuestión mejicana, y el gobierno manifiesta todo cuanto sabe y cuanto hay en el asunto.

¡Torpe gobierno! que no estuviera allí el señor Calderón Collantes para darle unas cuantas lecciones de reserva al mismísimo lord Russell, que es un solemne parlanchin al lado de nuestro hábil diplomático.

El Sr. Calderón Collantes debería haberse limitado á decir al Sr. Castro: «¿Pues qué, cree su señoría que aquí estamos en Inglaterra? Pues se equivoca; estamos en España, donde los ministerios parlamentarios se niegan á dar explicaciones y donde los ministeriales vicaristas votan contra los proyectos más patrióticos.»

Los ministeriales hubieran aplaudido en masa, sin saber lo que se hacían, y asunto acabado.

El sistema representativo huye avergonzado por no presenciar tales escenas, y dicen, según noticias que trae *La Correspondencia*, que va á refugiarse en Rusia, donde el emperador ha encargado que se redacte un proyecto de Constitución.

Como se lo haya encargado á algún Sr. Posada Herrera, de los que no faltarán seguramente por allá, están frescos los rusos.

Gran servicio ha hecho ayer á la nación el señor Castro, poniendo de manifiesto, al esplanar su proposición, el estado de los negocios de Méjico y los compromisos graves de que, por su absoluta carencia de miras y propósitos, se ve hoy rodeado el gobierno; compromisos de los cuales sólo podremos salir con notable pérdida en nuestro crédito ó en nuestros intereses.

Las mal trabadas y prolifas frases del Sr. Calderón Collantes, lejos de atenuar la grandeza de las faltas del gobierno, han venido á confirmarnos en la triste idea de que estas faltas han sido gravísimas.

El gobierno empezó por infringir la Constitución, celebrando con Francia é Inglaterra un tratado de alianza ofensiva sin dar cuenta á las Cortes. Al enviar á Méjico, en son de guerra, á nuestros soldados, añadió una inconsecuencia más á la infinita serie de inconsecuencias que constituyen su vida, é hizo ver á las claras que iba á Méjico, no para vengar ó tomar satisfacción de insultos que había disimulado hasta entonces con harta cordura, sino arrastrado, magnetizado por la Gran Bretaña y por el vecino imperio, y moviéndose, como sonámbulo, sin saber por dónde iba ni á qué iba. La vaguedad del tratado de Londres lo hace ver claramente.

La candidez del Sr. Calderón lo corrobora más aun. El Sr. Calderón no vió ni acertó á distinguir

otro objeto en la triple alianza que el de satisfacer un agravio. El Sr. Calderón no quiso ó no supo comprender que había un plan decidido de cambiar la forma de gobierno de aquella república y aun de trasformarla en monarquía. El Sr. Calderón tal vez dijo *je ne conteste pas*, cuando le propusieron la candidatura del príncipe Maximiliano de Austria para el trono de Méjico; tal vez, olvidándose de que había príncipes en España, de que la Reina tenía una hermana, consintió, sin conciencia y como en sueños, en que el archiduque Maximiliano fuese el presunto rey. Mas tarde, el justo clamoreo de los periódicos y las amargas quejas del patriotismo y del monarquismo ofendidos han penetrado en su mente soñolienta y le han hecho comprender lo absurdo y monstruoso de este nuevo *je ne conteste pas*.

Como el Sr. Calderón es un orador sibilitico, no por lo difuso, sino por lo confuso, no nos ha dejado enterar si dió ó no instrucciones terminantes al general Prim. Puede que las instrucciones fuesen, como sus discursos, confusas y difusas. De otro modo no se explica la duda en que parece estar el mismo gobierno sobre si el general Prim ha cumplido con sus instrucciones ó ha hecho lo contrario de lo que en ellas se le prescribía, al tratar amistosamente con Juárez, reconociéndole implícitamente, y al firmar con él los preliminares de Soledad.

El gobierno aprueba estos preliminares. Sobre este punto, es sobre lo único que el Sr. Calderón ha estado claro y terminante. Lo que no hemos podido averiguar, y no ha sido por falta de curiosidad ni por falta de atención, es si el gobierno ha aprobado la conducta del general Prim, por estar conforme con las instrucciones, con el plan, y el pensamiento del gobierno, ó si la ha aprobado por ser el general Prim quien es, y fiarse el gobierno, con honrada y humilde y harto fundada modestia, mas del buen juicio y discreción de aquel ilustre general, que del suyo propio. Si hubiese acontecido esto segundo, bien se podría afirmar que el general Prim es un singular y verdadero plenipotenciario, que envía instrucciones á su gobierno, en lugar de recibirlas. Algo de esto nos ha dejado presumir y traslucir el Sr. Calderón, al asegurar que cuando se envía tan lejos y con misión tan alta á un hombre como el marqués de los Castillejos, se le suelen dar y se le dan instrucciones tan anchas, que quepa y se ajuste holgadamente dentro de ellas todo lo que le parezca bien hacer. Instrucciones por este orden, mas deben ser de recreo que de otra cosa, y habrán podido entretener los ratos de ocio del marqués de los Castillejos, que habrá saboreado durante la navegación los primeros de estilo de su jefe nominal como diplomático.

Pero sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que ya sabemos algo: ya sabemos que el gobierno aprueba la conducta del general Prim. El gobierno francés, entre tanto, la desapueba; pero no por eso dejamos de estar de acuerdo en todo con el gobierno francés. Esto sí que ya no se entiende. Esto sí que da lugar á mil comentarios poco favorables todos al ministerio que dicen que gobierna en España.

¿Será que el general Prim, deseoso de enmendar yerros de poraqué, de enderezar por el buen camino los asuntos, y de darles el sesgo que deben llevar para que satisfagan nuestras aspiraciones patrióticas, haya hecho de suerte que desgrace tanto á Francia, cuanto la aquiescencia y conformidad constantes del ministerio la complacian? ¡Habremos pecado allí por atrevidos tanto como por tímidos é indecisos aquí se ha pecado? ¿Tendremos

que repetir aquellas palabras de D. Felipe II, tal vez en ocasión menos grande y próspera, exclamando: ¡Mucho ha aventurado D. Juan! De todo esto nada sabe la nación española, á quien tanto le interesa, y creemos que el gobierno de S. M. sabe menos aun. Nunca se podrá decir con mas razón que ahora la sentencia de Pero Grullo: ¡será lo que Dios quisiere!

Entre tanto, gracias también á la vaguedad del tratado, ó mejor diríamos, á la omisión del cumplimiento de uno de sus artículos, Francia podrá aumentar en Méjico el número de sus soldados, hasta que proporcionalmente quede reducido el de los nuestros mucho mas de lo que conviene: Francia, no aceptando lo que se estipuló en Soledad, no irá á tratar pacíficamente en Orizaba, y podrá hacer marchar con rapidez y decisión á sus tropas, las cuales ocuparán acaso la antigua capital del imperio de Motezuma. ¿Qué hará entre tanto el general Prim? ¿Estará lo que ha de hacer en algunas nuevas instrucciones ó serán las instrucciones nuevas tan latas y comprensivas como las antiguas, á fin de que el héroe de África tome la resolución que mejor le convenga? Esto nos preguntamos todos. Esto deseábamos saber, y esto era sin duda el fin de la proposición del Sr. Castro, de su elocuente discurso y de su rectificación aun mas elocuente.

Por desgracia, merced á la diplomática y profunda nebulosidad del Sr. Calderón, no hemos quedado á oscuras. ¿Será que el Sr. Calderón y todos sus dignos compañeros no sepan nada tampoco? Muchísimo lo sospechamos.

El general Prim no creemos que tenga que contar con advertencias, consejos ni mandatos que desde aquí le guíen. Guíenle su patriotismo, su claro entendimiento y su valor, y Dios le ilumine y aliente para que salga bien y con provecho de España, del embrollo y del atolladero en que este gobierno se nos figura que le ha hundido, si hemos de juzgar de todo el proceso de este asunto por las explicaciones inesplicables del Sr. Calderón.

Por ahora, lo que queda harto demostrado, es que este desgobierno de la unión liberal no sabe á qué atenerse y obra á ciegas, sin mirar á lo porvenir y sin pararse á reflexionar sobre nada. Ligereza y nulidad semejantes, jamás han tenido ejemplo en la historia.

El ministerio Posada O'Donnell no está cierto él mismo de lo que pretende hoy en esta ó en la otra cuestión de política internacional: ¿cómo ha de estarlo de lo que pretenderá mañana? Imposible es imaginar mas vago, desatado y desbarbustado pensamiento que el suyo. En Venezuela exige y amenaza, para ceder luego en las amenazas y exigencias. En Méjico se deja ir á todo viento, imitando á las cañas no sólo en lo hueco, sino también en lo flexible. En fin, Dios nos protegerá y hará de manera que todos estos negocios salgan lo menos mal que sea posible: para lo cual, lo que mas importa, es que el gobierno intervenga en ellos poco, dejando á las cosas que sigan su curso natural, sin que la torpeza humana le tuerza como hasta aquí le ha torcido.

Los hombres que apoyan al actual gabinete han perdido ya todo norte político que guie su conducta en la gestión de los negocios públicos. Cada vez nos encontramos con nuevas sorpresas; cada vez tenemos mayores desastros que lamentar; cada vez estamos mas convencidos de que la marcha de la situación vicarista consiste únicamente en satisfacer personales intereses, en saciar la ambición de unos cuantos defensores, y

sostenerse á toda costa en el poder, aunque sea olvidando los mas altos deberes y las mas imprescindibles consideraciones. ¿Qué se dirá en Europa de un gobierno que una mayoría que lejos de atender á lo que al país interesa y conviene, le deja todo al arbitrio de la casualidad ó de la fortuna, concretándose únicamente á la satisfacción de un deseo egoísta, como es el de marchar contra la opinión pública, á trueque de seguir mandando?

Pero aun conviniendo en perdonar esa conducta, porque al fin y al cabo es hija de la ambición desmedida de los hombres que forman en las filas del vicarismo; aun no parando mientes en ese sin número de inconsecuencias y arbitrariedades que se están cometiendo todos los días, ¿puede por ventura, comprenderse qué idea se han formado los vicaristas de lo que es dignidad política, de lo que es justicia y de lo que es conveniencia pública? ¿O aquí se ha olvidado ya toda noción del bien y del mal, ó los hombres que apoyan al gobierno se han vuelto locos, ó nosotros hemos perdido por completo la razón y el criterio para juzgar de las personas y de las cosas.

Un día se presenta una proposición en favor de la imprenta, y los periodistas ministeriales, los que deben todo cuanto son á la prensa, votan contra ella, decretando poco menos que su muerte, puesto que autorizan al poder para que la persiga y la destruya con las mas increíbles vejaciones. Otro día se acusa al gobierno por arbitrariedades cometidas, se censura rudamente su marcha política y, sin embargo, sus amigos se encojen de hombros y no se levantan ni siquiera á decir una frase en su defensa. Otro día surgen disensiones en el mismo seno del club de los ministeriales, se arman grandes peloteras, se amenazan unos á otros, y al aparecer el iris de paz, que es la *nomina*, todo vuelve á su primer estado. Otro día.... ¿pero á qué cansarnos? Cuanto dijéramos sería pálido ante el suceso que ayer presencié el público en la Cámara popular y que nos dejó atónitos y sorprendidos. La cosa es tan rara, tan original y tan extraña, que merece detallarse con detenimiento.

Habia presentado el Sr. Castro la siguiente proposición:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que prestará el mas decidido apoyo al gobierno de S. M. para desenvolver en Méjico una política activa y bastante eficaz á fin de que, sin faltar á la letra y al espíritu de los tratados, queden á salvo y satisfechos los intereses morales y materiales de España en América.»

No nos ocuparemos ahora, porque lo hacemos en otro lugar del periódico, del brillantísimo discurso con que nuestro amigo el Sr. Castro defendió su proposición; pero sí manifestaremos la gran sorpresa que nos causó, como á cuantos asistían al Congreso, y como causará mañana al país el resultado de la votación nominal, porque es la prueba mas explícita y mas patente de que los ministeriales han perdido toda idea de gobierno, dejándose llevar por un impulso que no sabemos qué calificaciones puede merecer. Los ministeriales votaron contra la proposición del Sr. Castro, y votando contra esa proposición, declararon implícitamente que EL CONGRESO NO PRESTARÁ EL MAS DECIDIDO APOYO AL GOBIERNO DE S. M., PARA DESARROLLAR EN MÉJICO UNA POLÍTICA QUE SALVE LOS INTERESES DE ESPAÑA. ¡A qué ridículos extremos da lugar la intransigencia de los hombres que sólo miran las cosas por el prisma de sus pasiones! A poco que se hubiesen fijado los ministeriales, ¿no hubieran comprendido que su deber, como el deber de todo buen español, consistía en aprobar

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARIS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE. — TERCERA PARTE. EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

Habia emprendido el viaje llevando consigo su único tesoro, el solo cariño que le ligaba al mundo después del cariño que sentía por la bandera de su regimiento; aquel niño concebido durante una tregua, venido al mundo entre dos batallas, cuyo primer envoltorio había sido una bandera desgarrada por las balas, y que como su padre, debía ser soldado cuando llegase á la adolescencia.

¡Ay! El soldado había confiado en sus fuerzas mas de lo que debiera; no debía volver á ver el campamento de su pueblo, y un destino muy diferente estaba reservado á aquel niño, que iba á quedar abandonado.

El soldado herido y el pobre niño cuyas manos estaban azuladas por el frío, conmovieron al labrador á cuya puerta acababa de llamar.

Aquel matrimonio gozaba de todas las comodidades que son permitidas á humildes viñadores: no tenían hijos, y tendieron los brazos al que el soldado les presentaba.

Dos días después falleció el soldado de resultas de sus heridas, dejando recomendado al pequeño Renato á los dos labradores y entregándoles una cantidad de mil escudos, toda su fortuna, destinada á atender á la educación del niño.

Así, pues, Renato había pasado su infancia en Donzy, educándolo la labradora que le sirvió de madre, y cuyo marido falleciera un año después que el soldado.

El cura de la aldea enseñó al niño todo cuanto él sabía. Pedro Hubert, que así se llamaba el viñador, le dejó cuanto poseía, reservándole á su esposa el usufructo.

Esta pequeña hacienda y aquella ciencia, en una época en que el saber era tan raro, que mas de un gran señor sólo sabía escribir su nombre con la punta de la espada, permitieron á Renato vivir algo mejor que un labriego, y fueron causa de que en Donzy le llamaran M. Renato,

ni mas ni menos que como llamaban al marqués de Valmorand, que era el señor de la aldea.

Renato tenía un corazón de oro y una cabeza de fuego.

Dominábase una ambición secreta, aun inesplicable; un sueño llenaba su alma, una sombra se proyectaba en la luz de su corazón.

Poseía los instintos del caballero, su altivez desdeñosa, y su amor á la gloria.... ¡y carecía de nombre!...

Cuando se vestía su traje de paño oscuro, pensaba en el justillo de terciopelo y oro, en el fieltro gallardamente adornado con una pluma blanca, en los puños de punto de Inglaterra y en los finos encajes de Venecia.

Cuando marchaba, triste y solo, por los verdes senderos ó bajo los grandes árboles del bosque, recordaba suspirando los hermosos caballeros que encontraba algunas veces, cabalgando en caballos de raza, de mirada de fuego y espumosa nariz.

Y cuando había soñado, deseado, suspirado, arrojaba el adolescente una triste mirada á aquella existencia monótona y sin rayos, sobre aquel porvenir sin horizonte, y una cólera sorda hervía en sus venas.

—¡Y sin embargo, mi alma es la de un noble! murmuraba.

Quizás también había en el fondo de aquellos ardores secretos y comprimidos con gran trabajo, una de esas causas misteriosas, uno de esos inesplicables *nada*, que deciden de la vida del hombre y ponen en su corazón el gusano roedor de la ambición.

Cierta tarde de otoño, semejante á aquella en que le hemos visto pasear lentamente por el bosque; cierta tarde, á la hora en que resuena el toque de oraciones, en que los pastores abandonan el arado, regresan los pastores al redil; en esa hora en que las mil voces de la naturaleza suben hasta Dios como un dulce himno de amor y de súplica, interin que Renato se hallaba sentado sobre un muro cubierto de enredaderas de Irlanda, á orillas del camino, pasaron por este, rápidos y risueños como la buena vida que corre ligera, dos ginetes.

Era uno de ellos un hermoso caballero de treinta años con bigote negro, mirada de conquistador, sonriente la boca y la mano apoyada en la cadera.

El otro era una mujer, una amazona rubia, que montaba un potro blanco, joven y fogoso como ella. Reíase escuchando las palabras del caballero, y Renato se quedó pensativo al verla sonreír, esperanzado un sentimiento de celos al oír parte de una de las frases pronunciadas por el caballero. Parecióle tan bella y tan graciosa, tan

resplandeciente con la magnificencia de sus veinte años, que suspiró despedido.

—¡Ah! ¿Por qué no soy noble?...

Y desde aquel día vivió Renato solitario y triste, é iba á sentarse, pensativo y cabizbajo en la orilla del río ó en la lina del bosque, mirando incesantemente su interior, donde se había grabado una imagen.

—Pues bien: aquella tarde siguió nuestro héroe largo rato la lina del bosque, á cuyo extremo se hallaba el castillo; luego sentóse sobre la yerba, y con las miradas fijas en las torrecillas de aquel edificio, escuchó el canto misterioso que resonaba en el fondo de su corazón.

De pronto surgió en las profundidades del bosque un ruido lejano, el de una tocata vigorosa, entonada por muchas trompas de caza para animar á los perros, que se hallaban aun á grandísima distancia, pues á penas se oían, y eso muy confundidamente, sus prolongados aullidos.

Renato se estremeció y levantó á medias.

Para todo hombre educado en el campo, lejos de las ciudades, en pleno bosque, las salvajes armonías de la trompa de caza, y las voces de una ardiente tralla que acosa á una res, tienen un encanto infinito.

Renato, pues, aplicó el oído, olvidando sus sueños para identificarse por aquel medio con los accidentes de la cacería, lo cual es muy fácil á todo el que conoce bien las tocas del país y sabe distinguir los toques.

El joven se había levantado y escuchaba.

Los perros distaban mucho, los cazadores mas aun: mas parecía que venían al encuentro de Renato, y este, que conocía perfectamente el bosque, pues lo frecuentaba casi todos los días, se lanzó á través de las malezas, exclamando:

—La cacería va á caer al bosque Fourchu.... Veré el *halali*.

Y Renato, que se asemejaba al ciervo y habría seguido sin dificultad á un caballo al galope, corrió á través del bosque lo mejor que pudo, sin cuidarse de los espines, de las malezas, ni de las zarzas que le desgarraban los vestidos, le arañaban las manos y le azotaban el rostro.

Después de correr por espacio de veinte minutos, detúvose y escuchó, aplicando la cabeza al suelo para que el viento no le impidiese oír.

Los trompas distaban aun; pero los perros se hallaban muy próximos, y se acercaban cada vez mas; tanto, que Renato murmuró:

—Es la tralla del conde. Cazan un *diez cuernos*. Aquel á quien Renato llama el conde, era el propietario del castillo de que hemos hablado.

En cuanto el joven tuvo la casi certeza de que los perros cazaban un *diez cuernos*, dijo lo siguiente:

—La pieza se ha dejado perseguir, divirtiéndose en un principio: después ha desembocado y debe haberlo hecho muy lejos, pues tarda; además de que nadie ataca á un venado de diez cuernos al oscurecer. El animal ha vuelto á penetrar en el bosque, y los perros le acosan sin duda lúcidamente el valle Fourchu. Pero ahí hay un pantano y se arrojara á él.

Renato pronunció estas palabras sonriéndose, convencido de la desdichada suerte que aguarda al imprudente animal que se arroja al agua.

Renato continuó su carrera para ser el primero que llegase al *halali*, ansioso, como todo habitante del Nivernais ó del Morvan, de presenciar el espectáculo lleno de emociones que se llama *la muerte*.

Los perros se acercaban cada vez con mayor ardor; á corta distancia resonaba la trompa de un cazador.

Pasó á diez pasos de Renato, el cual le gritó: ¡bravo! y luego, estrechándole de cerca, aparecieron los perros, tan unidos y compactos, y ladrando con tal ahínco que parecían un solo perro.

Renato sintió saltarle el corazón en el pecho, y volvió á preguntarse por qué no era noble, y por qué no oprimía entre sus rodillas en aquel momento los flancos de un brioso potro.

Cuando iba á lanzarse en pos de los perros, oyó el precipitado galope de un caballo que seguía la caza sin que el ginete se dignase servirse de la trompa, y conmovido por un extraño presentimiento se detuvo.

Renato vio aparecer en el mismo sitio por donde se presentaron el ciervo y los perros, el caballo y la persona que lo montaba, y lanzó un grito ahogado....

Era la amazona que visturara una noche, por espacio de un segundo era la hermosa castellana, con la que tantas veces soñaba el adolescente, la señora de aquel bonito castillo, cuyas torrecillas solía contemplar con tanta melancolía.

Era en fin, aquella mujer, por amor á la cual deseaba Renato ser caballero.

Pasó fogosa, rápida, enardecida, en persecución del venado, llevando una delantera muy considerable á los demás cazadores; pasó sin ver á Renato, cuyo corazón cesó de latir; tan violenta fué su emoción, y después desapareció á sus ojos como habían desaparecido el ciervo y los perros.

Renato volvió á recobrar la sangre fría y el uso de sus piernas, y se lanzó en pos de ella, arrastrado por una fuerza invencible.

El valle Fourchu y el pantano distaban poco.

El ciervo se había arrojado valerosamente al agua, para librarse de sus perseguidores; pero los perros le imitaron, y cuando el noble animal saltó del estanque, sus rígidas piernas se negaron á sostenerle por mas tiempo; y Renato que llegaba en este momento por la orilla opuesta, le vio arrojado á un tronco de árbol, haciendo frente á la tralla, interin que la intrépida amazona dirigía su caballo sobre el ciervo.

Sábese que este, acosado, se hace terrible; terrible para los perros y sobre todo para el imprudente ginete que le acomete sin mas arma que su cuchillo de caza.

La amazona carecía hasta de cuchillo; sólo tenía un látigo.

El ciervo, héroe de dolor y de cólera, reventó dos ó tres perros, y partió al encuentro del caballo, que se encabritó.

La amazona dió un grito.

Pero ya Renato se había arrojado valerosamente al agua, y con el baston en una mano y el puñal en la otra, marchaba al encuentro del *diez cuernos* con esa sangre fría y ese valor, patrimonio de la juventud que se ha desarrollado en medio de los buques, en lucha con los peligros que ofrece la naturaleza.

Aun no había llegado el ciervo á la amazona, cuando ya el joven le asestaba un terrible golpe en las astas con su baston, aturdiéndole á medias; y luego, interin que el animal vacilaba y bajaba la cabeza como un toro medio muerto por la maza, le asió del cuello con ambos brazos, se colgó de él con la ligereza de la culabra, y le hundió el cuchillo en el pecho, rodando ambos por el suelo.

La lucha del animal, que se agiaba en las últimas convulsiones de la agonía y la del joven, sano, pero rendido del cansancio, fué muy breve, y tuvo por único testigo á la amazona, estremecida y muda de admiración.

Renato se levantó y dirigió á la joven una mirada de triunfo. Luego, apartando á los perros á bastonazos, cortó un pie al *diez cuernos* y lo ofreció á la amazona, que en aquel momento se puso á confabular al joven con una sencilla curiosidad mezclada de entusiasmo.

(Se continuará.)

